



BRUMA NEGRA

LANBRO BELTZA

Plentzia Beltza Calibre .38

IX Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

Convoca: Ayuntamiento de la Villa de Plentzia

Organiza: Revista Calibre .38

IX Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

El jurado del IX Concurso Internacional de Relato Bruma Negra (modalidad castellano) convocado por el Ayuntamiento de la Villa de Plentzia, compuesto por Laura Balagué, Juan Mari Barasorda, Javier Abasolo, Noemí Pastor y Ricardo Bosque, este último en condición de presidente del mismo, ha decidido otorgar el primer premio a José E. Álamo por su relato “Aguanta”, presentado con el seudónimo Dolores Vizcaíno. Los otros cuatro autores y relatos finalistas han sido:

“Amores de barra”, de Martín Garrido

“Una mancha de sangre en el asfalto”, de Delis Mayuris Gamboa Cobiella

“Valores en el olvido”, de Fernando Méndez Germain

“Polaco”, de Sebastián Pujol

En Plentzia, Bizkaia, a 16 de octubre de 2021

Índice

<i>Aguanta</i> , José E. Álamo	4
<i>Amores de barra</i> , Martín Garrido	21
<i>Una mancha de sangre en el asfalto</i> , Delis Mayuris Gamboa Cobiella	36
<i>Valores en el olvido</i> , Fernando Méndez Germain	50
<i>Polaco</i> , Sebastián Pujol	57

Aguanta

José E. Álamo

«I spent so many nights thinking how you did me wrong,
And I grew strong, and I learned how to get along...»
“I will survive”.
Gloria Gaynor

!Con Skinny perderás un kilo al día gracias al corazón de alcachofa!

(APLAUSOS)

¡La alcachofa desintoxica el organismo y acelera la quema de grasa! ¡Tan eficaz como aplicar una cerilla a un periódico!

(El presentador prende fuego a un montón de páginas de un diario deportivo).

¡Di adiós a esos antiestéticos michelines!

(APLAUSOS Y SILBIDOS DE ADMIRACIÓN)

¡Bajas de peso porque bajas de peso!

(El presentador sopla y esparce las cenizas del periódico).

¡La grasa se desvanece con Skinny!

(LOS APLAUSOS Y GRITOS AUMENTAN DE VOLUMEN)

Elsa lleva dos días viendo la teletienda; es algo que puede hacer sin pensar. Le encanta la gente que sale en el programa, siempre sonriente, como si el mundo en el que vive fuese distinto, aparte, feliz. Elsa reflexiona que debe ser maravilloso vivir en un lugar en el que no hay lágrimas, ni dolor, ni muertos.

Ahora, tras la promoción de Skinny...

¡Compra dos frascos de Skinny y te enviamos tres; y las veinte primeras llamadas conseguirán una bandeja de embutido castellano, especial para barbacoa!

...es el turno del presentador predilecto de Elsa. Cuando las cámaras enfocan al público, las mujeres, los hombres y los niños, que en esta ocasión los hay, aplauden con un entusiasmo que a la fuerza ha de ser sincero, se dice Elsa, porque los niños, sobre todo ellos, nunca disimulan. Y todo es para dar la bienvenida al presentador: Kike Morlock, de madre española y padre escocés...

Alto, moreno y ojos verdes. Elsa se pasa la lengua por los labios.

...quien tras saludar a los espectadores:

¿Quién quiere ser feliz?

y recibir un ¡Yooooo! atronador como respuesta, camina muy tieso hacia la mesa alta que hay en el estudio y sobre la que se encuentra una licuadora. Toma uno de los vasos llenos de un líquido ambarino que están alineados junto al aparato y se lo lleva a los labios.

Bebe.

Expectación entre el público.

Kike cierra los ojos, chasquea los labios y gime con un entusiasmo que a Elsa le recuerda a los orgasmos de sus clientes. Ese pensamiento no le gusta. Lo aparta de su cabeza; el presentador le cae muy bien, no quiere manchar su imagen mezclándola con la de los hombres que la recogen en la calle.

Ovación.

Ahora la cámara enfoca al público, se centra en una niña que sonríe con timidez. Kike se aproxima a ella y le ofrece otro de los vasos de zumo. La pequeña acepta la bebida y tras dar unos sorbos, dice que está muy rico; el presentador la anima a tomar más, la niña lo hace y repite que está muy rico, mientras se relame. Kike sonríe. La niña sonríe. El público suelta un ! Ooooooh! almibarado.

Pero Elsa ya no distingue la imagen del televisor. Las lágrimas han emborronado su visión. La niña le recuerda a su hija: la que murió.

La que mató Big Tony, su chulo.

Elsa se cubre el rostro con las manos y solloza en silencio.

¡Tranquichachi! ¡El revolucionario jarabe que calma el dolor en solo unos minutos! ¡Cualquier tipo de dolor, ya sea físico o mental! Contiene aloe vera, aceite de camaleón, hierbas y CTC, nuestro ingrediente milagroso!

Elsa compró Tranquichachi el día anterior y ahora empina el frasco de jarabe; toma un trago largo, aunque no siente el menor alivio, si acaso una leve náusea.

Las cien primeras llamadas recibirán de regalo un manual de autoayuda: “Como superar la adversidad”, escrito por nuestro querido presentador, Kike Morlock.

Lo único bueno del libro es la foto del autor en la portada.

Y eso no basta para aliviar la pena.

Una mañana de hace unos días, Big Tony apareció por el piso alquilado de Elsa y la emprendió a golpes con ella porque llevaba varias noches sin alcanzar la recaudación mínima. El chulo no tiene por costumbre dejar pasar esas faltas de profesionalidad y las resuelve con unas hostias para hacer espabilar a la chica que se duerme en los laureles. “Dormirse en los laureles” es una de las frases que Big Tony suele emplear. Otra es “No metas la polla donde tienes la olla” por lo que jamás se folla a sus chicas, aunque si tiene que joderlas, las jode. Jamás lo reconocerá, pero disfruta cuando las golpea.

Su expresión favorita es “Aguanta, que esto pasará” y la usa con las chicas cuando algún cliente ha sido especialmente desagradable, o lo es la noche, por fría o ardiente, o la vida en general, porque es una mierda, aunque en realidad el chulo no pretende consolar a la puta, lo que quiere decir es: “Deja de dar el coñazo, o te va a caer un hostión”.

En la mañana de la tragedia, los gritos de Elsa despertaron a su hija, que ese día no había ido al colegio a causa de un dolor de barriga. La niña acudió corriendo a defender a su madre y Big

Tony, sobresaltado ante la presencia inesperada de la pequeña, le soltó un revés que la propulsó hacia el borde de la mesa del comedor contra el que se golpeó la nuca. La hija de Elsa se desplomó como una muñeca de trapo.

Muerta.

Big Tony se cagó en dios. Luego dijo que lo sentía, cogió a Elsa por los hombros y repitió que lo sentía mucho. Al ver el horror en el rostro de la chica, la obligó a esnifar unas rayas de keta; ella se dejó hacer porque la imagen del cuerpo de su hija la había dejado vacía. Big Tony susurró que había sido un accidente, que esas cosas ocurren y que en parte era culpa de ella, de Elsa, por cabrearle. Suspiró...

Su aliento estaba cargado de alcohol, impaciencia, y otras cosas que recordaron a Elsa a una alcantarilla abierta.

...y le aseguró que ella no tenía de qué preocuparse y que le daba unos días libres.

–Unas vacaciones –sonrió mientras señalaba a la mesa, la misma que había acabado con la vida de su hija–: ahí te dejo keta suficiente para... –Se detuvo al reparar en la expresión ausente de Elsa y le apretó el brazo hasta que ella volvió en sí a causa del daño que le hacía la manaza del otro–. Aguanta, Elsa, que esto pasará. –Le dirigió una mirada repleta de malas intenciones hasta que ella asintió, y entonces se marchó con el cuerpo inerte de la

niña al hombro.

¡Deflatator! ¡El remedio natural contra los gases! ¡Mejor fuera que dentro!

Un ambientador con olor a pino de regalo para las cien primeras llamadas.

Elsa no ha dejado de ver la teletienda.

Sin dormir.

Sin pensar... O intentándolo.

Sin tocar la keta.

Y cuando está meditando si comprar o no la licuadora, recibe una llamada de Big Tony. Que mañana por la noche tiene que volver al curro. Que se acabaron las vacaciones.

Ella se atraganta al intentar hablar, no le sale la voz, él repite su mensaje con impaciencia y ella consigue preguntar qué ha hecho con... Se vuelve a atorar y al final añade “ella” en voz bajita.

–Olvídala, hostia. Aguanta, ya te lo dije. –Una pausa que parece desafiarla a decir algo. Ella calla–. Te recogeré a las nueve.

Big Tony cuelga.

En el televisor sale un número de teléfono que Kike recita como si fuese un conjuro, la clave para acceder al paraíso de los productos de la teletienda.

¿Quién quiere ser feliz? Y muestra una dentadura perfecta.

Elsa sacude la cabeza, se seca las lágrimas y teclea en su móvil. La chica que la atiende al segundo tono, Patricia o Pamela, le promete que sus pedidos llegarán al día siguiente.

Elsa deja caer el móvil al suelo, y se pregunta qué está haciendo.

*¡Xterminator y adiós a las plagas! ¡Sus ondas electrotérmicas acompasadas fulminan a cualquier alimaña que invada su hogar!
¡Solo tiene que enchufar el aparato en la pared y las ondas se encargan del resto! ¡Totalmente inocuo para el ser humano y las mascotas!*

¡Acaba con las alimañas!

Big Tony la captó para el puterío callejero unos meses después de que ella se metiese en las drogas.

Él era su camello.

Elsa, que había alcanzado un momento en el que su vida era una sucesión de días de estrés y depresión, empezó con la maría para distraerse, siguió con la nieve para olvidar su realidad, y acabó por meterse de todo: caballo, speed, ketamina y pastillas de todos los colores.

Perdió su empleo como cajera en SuperStar; llegar colocada a trabajar no es buena idea, y menos enviar a tu jefe a meterse un pez polla por el culo cuando te pregunta si has cogido dinero de la caja registradora.

Un día le rogó a Big Tony que le fiase unas dosis, que se había quedado sin trabajo y no tenía dinero, pero él se negó y a cambio le ofreció un empleo: puta callejera.

–Hago un poco de todo, nena, soy un empresario –explicó, al malinterpretar la sorpresa de ella–. Es un buen curro, sacarás pasta, más que soportando a las marujas en el supermercado de mierda. Y puedes dejarlo cuando quieras.

(Elsa no tardó en averiguar que esa última parte era mentira: si intentabas dejarlo, Big Tony te molía a palos por desagradecida. Le ocurrió a Manoli, que quiso volverse a su pueblo y acabó

sorbiendo sopa a través de una pajita durante tres meses. No hubo denuncia, la amenaza de ir a por ella en cuanto saliese del trullo era demasiado real. Cuando la desgraciada se recuperó, Big Tony la envió a la mierda al comprobar la secuelas de los golpes en el rostro de la chica y, al final, ella consiguió irse al pueblo.)

Elsa tenía una hija fruto de una noche de mucha fiesta y ninguna precaución. El padre no quiso saber nada del asunto, pero ella, que era huérfana y se había criado entre instituciones y familias de acogida, decidió tener al bebé porque en ese momento la pareció que le daba sentido a su vida. Más adelante vendrían la frustración y las drogas.

Le comentó a Big Tony lo de su pequeña y este le aseguró que se podía ser puta y tener hijos, pasaba todo el tiempo.

Elsa se hizo puta y aguantó los años que fueron pasando porque no quería acabar comiendo a través de una pajita.

Big Tony se tiene por un tipo íntegro, tanto que caga todas las mañanas sin problemas. Su filosofía se basa en la lección magistral que le impartió su padre, fue una noche en la que el hombre todavía no estaba borracho.

–En la vida o aguantas o aprendes a pegar hostias, hijo, y ahora

mete el culo en la cama. –No dijo más, era parco cuando no bebía, pero Big Tony jamás olvidó la enseñanza.

Unos años más tarde, el hombre se mató al caer del andamio al que se empeñó en subir para demostrar que era capaz de hacerlo. Iba borracho.

Big Tony se crió con su madre y creció por encima de sus propias expectativas hasta el metro noventa estatura y ciento treinta kilos de músculo y grasa, lo que le permitió no solo dar hostias, sino darlas como yunques, así que decidió que serían los demás quienes aguantarían. Se independizó en cuanto pudo. Su madre se volvió a la capital de provincia que la vio nacer y Big Tony no ha vuelto a saber de ella. Tampoco la echa en falta. Tiene su vida bajo control. Las chicas que hacen la calle para él saben que el mal tiempo, los clientes difíciles, los horarios (doce horas al día, siete días a la semana), forman parte del trabajo.

Big Tony sueña con abrir un club de alterne en el futuro, un lugar en el que recibir a una clientela con mucha más clase y pasta que los mataos que se follan a sus zorras en coches o contra la pared de algún callejón oscuro.

¿Quién quiere ser feliz? Espeta Kike a la cámara.

–Yo –musita Elsa.

–Una licuadora –resopla Big Tony. Contempla el aparato de plástico reluciente que Elsa ha colocado sobre la mesa, junto a una bandeja llena de frutas y verduras, una cuchara de mango largo, una botella de aceite sin etiqueta y unos vasos altos, opacos, con flores pintadas. Fueron obra de su hija para la asignatura de plástica. Tenía talento, según la profesora. Se lo cuenta a Big Tony.

–Son bonitos, ¿verdad? –Y coge uno para enseñárselo.

Él gruñe, aparta la mirada, algo incómodo, y comenta que menuda manera de tirar el dinero comprando chorradas en la teletienda. Advierte que no queda rastro de la droga que había dejado sobre la mesa y se vuelve hacia el televisor que sigue escupiendo mensajes comerciales.

–¿Te has hecho la keta viendo esa mierda? –Señala hacia la pantalla y suelta una carcajada–. Pues ya ves lo que pasa, te vuelves gilipollas.

–¿Quieres un zumo? –musita Elsa.

–Tienes que salir a currar –masculla él, rascándose las pelotas.

–Solo uno, y así lo pruebas. Salen muy ricos, –se apresura Elsa, casi suplica–. Y salgo a trabajar.

Él la mira, frunce el ceño, se pasa la mano por el pelo largo y algo grasiento, y acaba por encoger los hombros. Piensa que si se cargó a la hija de la zorra, bien puede beberse el puto zumo.

Ella sonrío cuando él acepta y comienza a trocear frutas y verduras, que introduce en la licuadora; añade un buen chorro de aceite de oliva.

–Es virgen, el sabor es algo amargo, pero sé que te gustará.

El ronco zumbido del aparato hace innecesaria más conversación.

Elsa vierte un líquido de color rojizo en uno de los vasos.

–El color es por los tomatitos cherry –aclara ante la mirada desconcertada de él. Luego toma la cuchara y remueve el zumo. Se lo ofrece a Big Tony.

Él toma un trago y chasquea la lengua. Entrecierra los ojos con desconfianza.

–Sí, que está amargo, coño.

–Es por el aceite y que también lleva algo de apio.

–¿Tú no bebes?

–Tomé uno antes.

Miente, pero entre el Tranquichachi y el dolor que le retuerce las entrañas, no se siente capaz de tomar nada.

Él aprieta el puño, olisquea su bebida y si va a decir algo, lo calla, porque Elsa se apresura a servirse un vaso al advertir la suspicacia de su chulo.

En cualquier caso, él deja la bebida sobre la mesa. Queda la mitad del líquido.

Ella alza su vaso.

–He estado pensando estos días: no sé qué habría hecho sin tu ayuda. Gracias, Tony. ¿Brindamos?

A él le sorprende el gesto, pero acepta.

–Chinchín –dice Elsa y vacía su vaso.

–Chinchín –ríe un poco Big Tony y apura el zumo.

–No sé –Chasquea la lengua–. Con un poco de vodka, estaría mejor.

–Creo que tengo una botella de ginebra.

Él vuelve a chasquear la lengua y de repente, se harta de la situación.

–Te quiero en la calle en diez minutos, que estos dos días me has costado una pasta. Mueve el culo.

Se va hacia la puerta, solo que antes de llegar, se detiene y tiene que apoyarse en la pared.

–Oye, tú.

Ella se sienta en la butaca y lo observa. Su expresión es de

ansiedad.

–¿Qué...? –consigue decir él, antes de que la lengua se le empaste en la boca.

–No me tomé la keta, la guardé para ti. –Niega con la cabeza–. No es verdad, no la tomé porque no quise alejar el dolor, mi pequeña merece que sufra por ella; la idea surgió más tarde.

Él balbucea algo ininteligible.

–No la puse en el zumo. La puse en el vaso. En el tuyo –aclara sin necesidad–. Toda la que dejaste. Esos vasos que pintó mi pequeña no dejan ver el interior; no viste los polvos en el fondo. Había tanta keta que te matará, creo, aunque con lo grande y gordo que eres, puede que no. Pero te dejará hecho mierda un buen rato.

Elsa se levanta y va hacia la cocina.

–Compré algunas cosas más en la teletienda –dice desde allí–. A ver si te gustan.

Big Tony, al que le cuesta respirar, oye como ella trastea en la cocina. No tarda en volver al comedor con un rollo de cinta adhesiva americana y un estuche azul marino de aspecto elegante. Abre este último ante el chulo.

–Son japoneses. Kike asegura que no hace falta afilarlos nunca. Y también dice que esta cinta la emplean en la NASA para sus cohetes –Arruga la nariz y la acerca al rostro de Big Tony, cuya respiración se ha ralentizado–. Huele rara, ¿verdad?

No obtiene respuesta.

Elsa despega el extremo de la cinta adhesiva y la pega a un brazo del chulo y luego da vueltas y más vueltas a su alrededor tirando de la cinta hasta que el hombre está envuelto en ella desde los hombros hasta las muñecas.

Elsa coge el mando a distancia del televisor, donde una chica en bikini exhibe una silueta perfecta, sube el volumen del aparato y escucha la voz de Kike.

¡Uno no sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta!

–Cierto –murmura Elsa. Se dirige al chulo y emplea un trozo más de la cinta americana para amordazarle–: Aguanta, Tony, que esto pasará.

Coge un cuchillo y empieza a cortar.

J. E. Álamo nació el año 1960 en Leamington Spa, (Reino Unido) y vive en Valencia, España. Comenzó a escribir a los 46 años.

Escritor especializado en fantasía, género negro y terror, le gusta mezclar géneros en sus obras y se inclina por subgéneros, como la fantasía urbana. Es autor de varias novelas, numerosos relatos y coordinador de algunas antologías de distintos autores.

Ha obtenido varios galardones por su obra. Entre otros, cuenta con El Tormo Negro (2012) y dos Premios Pandemia (2012 y 2013) por su saga de novelas de “Tom Z.

Stone”. También ha recibido el Emilio Carrère, el Spinetinglers, el Bruma Negra o el Minatura por algunos de sus relatos.

Su última novela publicada es “John Harper, Fuego”, editorial Versátil, aparecida en 2019.

Entre sus próximas publicaciones figuran un album ilustrado escrito junto a Verónica Leonetti y titulado “Sarah”, que verá la luz en el 2021; y una novela, “Los Penitentes”, que será publicada en el 2022.

Amores de barra

Martín Garrido

El abogado Santiago Morilla está entre mis clientes desde que me estrené como detective, y aquella mañana me rogó que me viera con Sonia Escudero.

–Sé que ya no llevas casos como éste –reconoció–, pero soy muy amigo de su familia.

Hay compromisos ineludibles, así que me avine a atenderla. Morilla me adelantó que Sonia era corredora de bolsa y también dueña de un bar de copas en Indautxu, montado a medias con su acaudalado padre. Lo dirigía su marido Enrique, y ella solo se acercaba por allí a pasar cuentas. El bar era una concesión del padre para tener distraído a un yerno cincuentón, perezoso y ya ajado, del que ella se había encaprichado hacía demasiados años. Ahora lo mantenían asalariado, para justificar que hacía algo de provecho en la vida.

–En este negocio –me explicó Sonia–, lo que inviertes en género

debería multiplicarse en caja por seis o siete, antes de gastos. Pero últimamente la recaudación anda lejos de esa cifra.

Para la mujer, algún empleado estaba metiendo la mano en la caja.

—Son tres, aparte de la señora de la limpieza; a la que descarto por razones obvias.

Tenía a uno de mis auxiliares de permiso y al otro de baja, por lo que las siguientes noches me las pasé en el local. Se llamaba *Dreams* y poseía su encanto. Alternaba actuaciones en directo con música enlatada de calidad, y lo concurría una clientela entre la que miré de camuflarme.

El martes fui solo y enseguida me hice una composición de lugar. Sonia había descrito a los sospechosos: Carlos, un joven viril de unos treinta años, muy bregado en el negocio y presunto hombre de confianza del matrimonio; Aroa, una muchacha de veintidós, menuda, nerviosa y muy apretada dentro de su uniforme; y Sergio, un chaval de menos de veinte, rubito y guapetón. Las consumiciones se anotaban casi escrupulosamente en la pantalla de una registradora y ninguno —el amo tampoco— invitaba más allá de lo razonable. El descalabro no parecía venir por ahí.

El miércoles soborné a una buena amiga, para disimular más, y juntos fuimos contabilizando lo que se sirvió desde la medianoche en adelante, cosa que no dejó de divertirla. Antes del cierre la

facturé en un taxi y esperé fuera. Mientras los empleados permutaban sus ropas de faena por las de diario, el jefe hizo caja.

Se echó la persiana. A Aroa la recogió un chico que semejaba ser su novio y el propietario se subió al ciclomotor del camarero rubito. Distinguí la mirada reprobadora del otro empleado, mientras arrancaban. Les perseguí unas manzanas en mi moto, hasta una sucursal con ingreso nocturno. Iban muy cómplices y muy divertidos. Depositaron la recaudación, regresaron entre risas, y el dueño tomó su coche, que había quedado aparcado ante el bar.

Repetí el jueves, de nuevo solo. Hicieron el ingreso y ambos – patrón y empleado– se desviaron –aún más divertidos y más cómplices– a un permisivo local de Bilbao la Vieja que siempre cierra tarde, al que no entré. Desde allí fuimos a un grupo de pisos cercano al Museo de Bellas Artes, donde comprobé que el nombre del joven constaba en solitario en la plaquita de un buzón. Tras una larga hora de plantón, llegó un taxi. Cuando el marido de mi clienta alió al portal, Sergio lo despidió entre arrumacos. Los retraté mientras jugueteaban a que te doy o no un sobre que el madurito fingía hacerse el remolón en entregar.

Poco quedaba por resolver. Yo podía alargar mis servicios e inflar el montante, pero había aceptado el encargo por puro compromiso y no pensaba dedicarle más tiempo. Redacté mi informe y una factura que al día siguiente entregué a la mujer, con la

recomendación de que casara las copas que yo había visto servir con las que constaban en la registradora. El previsible desfase sólo podía ser obra de la posterior manipulación del marido.

–Tiene un querido –comprendió, con entereza.

Eso parecía, le hubiera dicho. Pero dejé que lo rumiara ella sola, dispuesto a olvidarme del asunto.

El lunes llamaron a mi puerta, muy temprano. Por mucho que nos conociéramos, me escamó que el subcomisario Aguirre se presentara en mi casa.

–Debes acompañarme –me soltó, escueto.

A Aguirre le va lo melodramático, pero no me esperaba que en comisaría me pusiera delante, a bocajarro, una fotografía de Sergio con la garganta rebanada de oreja a oreja.

–Un amigo se lo encontró ayer por la mañana, asesinado mientras dormía. No habían forzado la puerta y el cuchillo estaba limpio de huellas. El autor lo tomó de la cocina del propio piso del muerto. ¿Sabes dónde te digo?

–¿Por qué habría de saberlo?

Aguirre había interrogado a sus compañeros del bar, incluidos el jefe y la propietaria. Los empleados coincidieron en que un cliente no habitual les llamó la atención, noches atrás.

–Por la descripción intuí que eras tú –Aguirre quiso parecer sagaz, pero lo que añadió fue más creíble–. Y la dueña me lo confirmó después.

Tras algunas reticencias, Sonia había acabado por mostrarle el informe y las fotos que hice: fueron suficientes para que quedara detenida como sospechosa del crimen. Pero nuestro amigo abogado presentó un montón de influyentes testigos que juraron haber estado con ella desde la noche del sábado hasta bien entrada la mañana siguiente.

–¿Es cierto que no estuvo sola en ningún momento?

Aguirre se encogió de hombros.

–Si no lo es –dijo–, lo parece.

De lo que no le cupieron dudas fue de las altas influencias que desplegó el anciano Escudero para que su hija quedara sin sospecha y para que a Aguirre le cayera una soberana bronca, que descendió desde la mismísima Consejería de Interior.

–Si no ha sido ella, ¿entonces quién?

–Ni idea. El niño vivía bien. Corría con los gastos del piso, comía fuera todos los días y mantenía a un amigo aún más joven que él. Siempre a cargo de su jefe, según tu informe.

–¿A Enrique no le molestaba lo del amigo?

Me exasperó que volviera a cerrarse de hombros.

–¿No se lo has preguntado? –le interrogué.

–Eso te toca averiguarlo a ti.

Por algún infundado motivo, Aguirre me hacía corresponsable del fiasco con que se había iniciado su investigación.

–No quiero volver a cagarla –se explicó–. Así que échame una mano.

La cara que puse hizo que me recordara los muchos favores que le debía.

Llamé a Sonia y ella me citó en el bar la noche del miércoles.

–No voy a perder de vista a éstos hasta que se aclare todo –me dijo–. Enrique saldrá de mi casa, por supuesto, pero continuará aquí como empleado. Le mantendré el sueldo hasta después del divorcio, para que no me reclame una compensación, y luego lo despediré.

Sin duda era una mujer calculadora. Su padre, por evitar el oprobio, apretó también para que la prensa no nombrara la relación entre el muerto y el que aún era su yerno. Éste, desde la trastienda, me lanzaba miradas de fuego.

Carlos, el camarero de confianza, me aseguró que aquello se veía venir. Al preguntarle a qué aquello se refería, me dijo que últimamente le mosqueaban las confianzas que Sergio se tomaba.

–Lo que más me pesa es no haberle explicado nada a la jefa. Pero la vida es así: ver, oír y callar.

Aroa siempre estuvo en la inopia, y su novio –que desde el domingo le brindaba sempiterna escolta en el local– tampoco parecía haberse percatado del lío entre jefe y empleado. Cuando acabé con ellos, me fui a la trastienda.

–¿Cómo tiene los santos cojones de acercárame?

–No vengo como detective contratado por su esposa –respondí a Enrique–, sino como emisario de la policía. ¿Prefiere hablar conmigo o con ellos?

Mejor conmigo, sin duda. Sergio había llamado el sábado –el día de más faena– para decir que tenía migraña y que no vendría. Carlos tomó nota del avisó y se lo comunicó a su jefe. ¿Sergio padecía migrañas?, pregunté, y Enrique me dijo que no. Que se había quedado preocupado y que se acercó al piso después de cerrar, pero que el chico no contestó a su llamada.

–Supuse que dormía y lo dejé descansar.

El subcomisario Aguirre me dio acceso al amiguito del asesinado, aún consternado por haber hallado el cadáver en la cama. Él también tenía una llave, que había entregado a la policía. Me repitió lo que ya había declarado: que estuvieron retozando hasta pasada la medianoche y que luego se fue. Una vecinita que

llegaba le había visto salir, a él, y al rubito volviéndose adentro. La policía lo había comprobado. Finalmente, el forense dató la muerte a última hora de la madrugada, justo cuando el cincuentón decía haber hecho su infructuosa visita de inspección.

Para Aguirre estaba claro. Pidió una orden para registrar el domicilio conyugal –a lo que Sonia accedió gustosísima– y en la chaqueta que Enrique vestía aquella noche apareció otra copia de las llaves del piso de Sergio. La vivienda del fallecido estaba regada de sus huellas, por supuesto.

La detención fue inmediata, por más que Enrique juró no haber visto nunca aquellas llaves. Los celos fueron el móvil cualificado que nadie cuestionó, y el viejo Escudero se encargó –ahora sí– de que el arresto saliera en primera plana.

Yo, por mi parte, me dispuse nuevamente a olvidarme del asunto, ahora para siempre.

–No fue él –me aseguró el amigo del fallecido, presentándose en mi agencia días después–. Sé que Enrique es incapaz de matar a una mosca.

–¿Lo conoces?

Asintió, imperturbable, y no quise preguntarle si él también mantenía relaciones con el jefe de su amigo. Confieso que soy un descreído total, lo suficientemente de vuelta de todo como para no

juzgar a nadie.

–No fue él –me repitió.

–A veces las apariencias engañan.

–No con Enrique. Mire si se querían, que le había prometido dejar a su mujer en breve.

–Pero tu camarada lo engañaba contigo.

–Una cosa no quita la otra. Enrique era el casado, no podía exigir demasiado.

¿Entonces quién fue?, repetí la pregunta, pero el chico tampoco supo contestarme. Así que hice lo que quizás había obviado Aguirre: preguntarme a quién beneficiaba la culpabilidad de Enrique.

El abogado Morilla me explicó que el cincuentón siempre fue un pelado y que su suegro lo tenía por un buscavidas.

–Sonia es heredera única y toda la vida le ha ido la marcha, quizás demasiado. Enrique era atractivo, en su tiempo, y dio el braguetazo. Nunca me habría imaginado que fuera bisexual.

–¿El viejo podría haberle tendido una trampa?

El abogado movió la cabeza de un lado a otro.

–Como mucho hubiera mandado darle una paliza, pero montar un crimen para luego endosárselo al yerno es demasiado enrevesado

para él. No le busques los tres pies al gato –me recomendó–: Enrique ha matado al chico por celos.

–Carlos, mi compañero –me explicó Aroa, delante de su novio–, viene al local cada mañana. Hace los pedidos y lo deja todo a punto para la noche. Él recomendó a Sergio, para sustituirle durante unas vacaciones, y ya se quedó con nosotros.

–¿También estaban liados?

–¿Carlos liado con Sergio? ¡Ni hablar! A Carlos cualquier día le estallarán los huevos, de puro machote. Se lo digo por experiencia: a la que me descuido, ya me está metiendo mano.

El omnipresente novio se sulfuró y los dejé empezando una discusión.

–Sergio estaba en un local de Abando al que voy cuando libro –me contó Carlos–. Era muy eficiente trabajando, pero ni por asomo pensé que fuera del ambiente.

–¿Tampoco lo sabías de Enrique?

–Tampoco –dijo, pero sus ojos perdieron brillo al decirlo.

Aroa me llamó por teléfono. Acababa de recordar que Sergio había perdido un juego de llaves unos meses atrás.

–Se enfadó mucho. Estaba seguro de haberlas dejado en su cazadora cuando entró a hacer su turno.

Me explicó que se cambiaban en la trastienda y que colgaban la ropa en un perchero.

–¿Quiénes trabajasteis ese día?

Era sábado y los sábados estamos todos, respondió.

–¿Tú te cambias en el mismo cuarto que ellos? –pregunté, para desechar sospechosos.

–Sí, claro –me dijo con desparpajo–. ¿Por qué no?

El muchacho que la cortejaba debía estar nuevamente delante, porque al otro lado de la línea se inició otra discusión.

–Aroa no es una chica fácil.

El novio de la camarera había venido a mi despacho –él solo– a justificar no sé exactamente qué.

–Ya trabajaba en el *Dreams* cuando la conocí. Para ella, su faena es innegociable. A mí ese trabajo me trae por el camino de la amargura, pero son un *pack*: o Aroa y el bar, o nada de nada.

Pero no es una chica fácil, repitió.

–No como su jefa. Esa sí que es un putón verbenero.

La había calado en las pocas ocasiones que la había visto por allí. Le pedí que me diera detalles y lo hizo.

–Lo que me cuentas queda muy cogido por los pelos –me dijo Cabrera–. Además, el caso ya está cerrado. Y el tipo, en prisión provisional.

Aun así se avino a secundarme. No perdía nada y hasta podía colgarse una medalla, si yo no erraba.

Aquella mañana finalicé la última espera y me fui temprano para el *Dreams*, donde había quedado con Sonia y sus empleados supervivientes. La mujer de la limpieza acababa de alzar la persiana. Entró Carlos y al cabo de un minuto lo hizo la dueña. Salió la empleada, enviada vete a saber dónde, y aproveché para colarme adentro.

–Se ha adelantado –dijo la jefa, mirando su reloj–. Me alegro, porque tengo cosas importantes que hacer. Ya solo falta Aroa.

–No vendrá –contesté–: anoche la advertí de que no lo hiciera.

–Pero usted quería que estuviésemos todos –se sorprendió ella.

–Para lo que he de decir, con ustedes dos me basta.

Había captado toda su atención y tiré por el camino más corto.

–¿Hace mucho que sois amantes?

Vi que Carlos se ponía tenso. ¿Desde cuándo lo sospecha?, me contrarrestó Sonia, con calma. Reconocí que hacía apenas un par

de días.

–Pero he podido confirmarlo. ¿Os digo dónde habéis dormido esta pasada noche, los dos juntos?

Carlos enrojeció y yo aceleré: ¿quién le quitó la llave a Sergio?, pregunté a Sonia, y yo mismo me respondí.

–Tuvo que ser éste, por lógica –señalé al camarero.

Conocía de sobras los gustos del marido de Sonia y se lo puso a huevo cuando le trajo a Sergio. Después, con las llaves en su poder, solo hubo de esperar la noche propicia y maniobrar correctamente.

–Debió serte fácil sorprender a Sergio mientras dormía –seguí–. Después, tú misma dejaste las llaves donde la policía las encontrara con facilidad.

Al empleado se le crisparon los puños con agresividad y yo metí una mano en mi chaqueta, a la altura de la cintura.

–No hagas ninguna tontería –le advertí.

Sonia era muy buena reprimiendo sus emociones, y nos miraba a uno y al otro como se contempla un juego de tenis. ¿Cobró ya mi cheque?, quiso saber con serenidad, y asentí.

–Si llego a imaginarme para qué me contratabas, te hubiera pedido más –añadí.

–Entiendo entonces que esta reunión bien podría ser el preludio

de un chantaje –me replicó, como la mujer de mundo que era–.
¿En qué cantidad ha pensado?

Ella misma adelantó una cifra y Carlos la miró con ojos desorbitados. Cielo, déjame a mí –le dijo–: yo sé más de estas cosas.

–No pago solo para que calles –me tuteó también–. Tendrás que construir a Enrique un pasado de hombre colérico y declararlo en el juicio, para que a nadie le queden dudas.

La abultada propuesta resultaba tentadora, pero yo necesitaba saber más: el porqué de todo. Sonia sonrió de medio lado.

–Por una de las razones más antiguas del mundo: por la jodienda.

¿Tan bueno es éste?, dudé mirando al camarero, y ella lo contuvo.

–No puedes imaginártelo. Pero hay algo más –me aseguró–. Yo conocía los gustos de Enrique. Sabía que cada vez disimulaba menos y que cualquier día podía darle por asumir su condición sin tapujos.

–Con el informe que te hice habrías conseguido fácilmente el divorcio.

–Es cierto, pero no estoy dispuesta a cederle un céntimo de lo mío. Si va a la cárcel, ni siquiera tendré que pasarle una pensión.

Así que todo se reducía a eso, pensé: a una cuestión de dinero.

–¿Te parece bien el trato? –me interrogó con malicia, viéndose

ganadora.

El silencio se espesó los pocos segundos que tardé en responder.

–Es una buena oferta –reconocí–. Pero no podrá ser.

¿Por qué no?, quiso saber, contrariada.

–Por mí –clamó una voz rotunda, desde la puerta del bar.

Ya he dicho que al subcomisario Aguirre le va lo melodramático, y su entrada estuvo a la altura.

–Estarás jodido si se hace público que traicionas a tus clientes – me dijo el subcomisario, tras partir el coche patrulla con ambos amantes.

–¿Has oído hablar de la ética profesional? –le respondí, y me miró de hito en hito.

–¿Tú crees en esas zarandajas?

–A veces sienta bien experimentarla –confesé–. Te reconcilia contigo mismo.

Martín Garrido. Autor de las novelas negro-criminales *El efecto dominó*, *No hay lugar para la poesía* y *No merecemos nada mejor*, así como de diversos relatos, el último de ellos titulado *Un resquicio de decencia*, publicado en la revista Solo novela negra en su 1er concurso de relatos, *Homenaje a los clásicos*.

Una mancha de sangre en el asfalto

Delis Mayuris Gamboa Cobiella

César se asomó después que se alejó la ambulancia. Como una acusación, la mancha de sangre persistía en el asfalto.

El autor del crimen, comentaban los vecinos, seguramente era un rastrero borracho o uno de esos turistas que se creen dueños de la carretera. Alguien aseguraba haber escuchado, en plena madrugada, un frenazo y un grito.

A lo largo del día, con solemnidad y compasión, fue rememorada la vida del viejo. El énfasis le fue adjudicado a los últimos tiempos, cuando los años, la enfermedad y la tiranía del yerno, lo doblegaron a la más desgarradora mudez.

En el velorio César se mantuvo en la zona menos animada del patio, se negó a tomar de la botella que circulaba furtivamente y no le encontró gracia a ninguno de los chistes que aventuraban las lenguas entorpecidas por el licor. Aunque sabía que no iba a dormir, recogió a Nidia y regresó a su casa.

En efecto, dio vueltas en la cama hasta que no la resistió más. Se cercioró de que Nidia dormía y salió afuera. Contempló el corral, al puerco que dormía inocente.

En la mañana había poco movimiento en el velorio. Con facilidad podía reconocerse que no mucho más de una docena de almas habían permanecido la noche entera. Se veía en el ambiente menos cara de susto, de sorpresa que la víspera, como si la muerte ya hubiera persuadido a los vecinos de su realidad infalible.

El llanto creció cuando llegaron el carro fúnebre y los camiones para transportar a los dolientes. Hasta a Fernando se le traslucía un sufrir que hubo quien, con razón, creyó fingido.

Evaristo miraba el féretro:

–No lo merecía –dijo.

César se chupó los dientes, en señal de inconformidad con la vida, el destino o lo que fuera, y estiró el silencio, antes de responder:

–A todos nos toca.

Isabel dio la noticia una tarde, mientras comían:

–Venden una casa.

A cinco kilómetros de la ciudad, para la salida de Santiago, quedaba la vivienda. Después de la mínima pausa de un trago de agua, agregó:

–Lo digo porque insisten en vivir solos... Ustedes saben que no me estorban, que aquí pueden estar toda la vida.

Nidia recibió con entusiasmo la noticia, sin embargo César evadió el tema durante el resto de la comida. No podía decir que la relación entre Nidia y su madre fuera mala, pero la primera quería disponer de cuatro paredes propias dentro de las cuales pudiera hacer lo que le viniera en ganas. Además, y en esto César le daba la razón, el cuarto que ocupaban era demasiado estrecho.

Esa noche el amor avanzó firme y parejo hasta derrotar los cuerpos. Todavía transpirando, Nidia mencionó el asunto de la casa; debían verla. Tras la protesta de César, ella argumentó que cinco kilómetros no era lejos, en bicicleta se podía ir en breve tiempo.

–Mejor busquemos una aquí.

–¿Qué tiempo llevas buscándola y no aparece?

–Vamos a dormir, que es tarde.

–No te dejaré dormir hasta que no me prometas que iremos a ver esa casa.

Por resignación, César dijo:

–Está bien, pero si llegamos a comprarla no te enamores de ella. Cuando encontremos una aquí, la vendemos y regresamos.

Isabel se había enterado de la venta de la casa por un compañero

de trabajo. A la mañana siguiente se sorprendió de ver entrar a César en su oficina.

–Vine por lo de la casa.

Evaristo, un mulato de copioso bigote, dejó la soldadura para atenderlos. La casa, explicó, era de bloque y fibro, con dos cuartos y un patio grande, donde se podía criar. Tenía, además, un terreno con casi un centenar de matas de naranjas que se extendía hasta la carretera. Fernando, el dueño, no estaba: vendría para el fin de semana.

El ímpetu de los carros los empujaba hacia la cuneta. César pedaleó febrilmente pero no pudo ir más allá de la mitad de la loma. Se limpió el sudor con el pulóver, que se había quitado al salir de la ciudad.

–¿Sabes lo que es hacer este camino diariamente, en bicicleta?
¿Te imaginas?

Nidia, contrario a él, se traslucía en su semblante, en su andar, ignoraba la temperatura del sol. Era como si la ilusión de tener su casa la separara de la tarde opresiva.

Al rebasar la pendiente pudieron ver, a pocos metros y escoltando la carretera, el caserío. César, en sus viajes a Santiago, había pasado por ese lugar sin pensar que alguna vez andaría por allí tras una casa donde vivir. Escrutó a Nidia con desánimo y, sin

esperanzas, dijo que todavía tenía tiempo para pensarlo, para arrepentirse de querer ser parte de ese barrio calamitoso.

Hubo firmeza en la voz de ella:

–Si quieres regresamos, pero yo prefiero ver la casa.

No fue difícil dar con ella, con el rostro acogedor de un Fernando que les señaló los sillones del portal. Sin preámbulos, César explicó el motivo de la visita. Era el de Nidia, mientras escuchaba a su esposo, un silencio activo. Espiaba los gestos de Fernando, intentando adivinar su posible respuesta.

–Mi casa no se vende.

El viejo había llegado sin hacer ruido. Desde la puerta miraba a Nidia y a César con rencor. Apenada, la esposa de Fernando apuró los pasos desde la penumbra:

–Vamos, papá –sosteniéndolo por los hombros, tratando de conducirlo con delicadeza–; por favor, entre.

–Esta casa no se vende –repitió el viejo–, mientras yo viva, no se vende.

Se alejaron. La voz de la mujer volvió a escucharse llamando a la obediencia, a la sensatez. Hubo un silencio breve y ella regresó ruborizada, intentando sonreír. Su papá... lo perdonaran. A veces como que se iba un poco... saben... la edad. Luego se disculpó: tenía que regresar a la cocina.

Fernando esperó que la mujer se alejara:

–Ella no quiere entenderlo: en el psiquiátrico es donde debía estar hace rato...

Después cambió de tono para explicar lo concerniente a la vivienda. Nidia, perdidos los ojos en el jardín, pensaba en el viejo.

En el trayecto hacia la carretera Nidia aún exponía una cara desprovista de entusiasmo. César esperó ganar el asfalto para dirigirle la palabra:

–¿El viejo?

El sol había perdido su fiereza y la carretera en declive hacía menos agotador el regreso. Junto a ellos cruzaban, veloces e inmaculados, los autos del turismo, los camiones enfermos del transporte nacional, coches turbios y precarios y las bicicletas que vuelven de los plantíos cítricos con las parrillas hundidas por el sobrepeso.

–No me perdonaría envejecer –respondió Nidia.

II

Asumiendo un aire de neutralidad, Virgen dijo lo que había rumiado toda la mañana:

–Vino a morir, el pobre.

Aunque el puerco había limpiado el recipiente, César continuó en el corral. Desde allí escuchaba la conversación de las mujeres.

–Estuvo por aquí esa tarde –dijo Nidia.

–¿A qué vino?

Con los días, César había renunciado a la idea de que el que movía a Virgen era el propósito de meter las narices en su intimidad de nuevos vecinos. Ahora ella era mucho más que alguien con quien sistemáticamente se comparte el café y las noticias.

–Yo no estaba, César fue quien lo atendió.

–Ya descansó, el pobre... A lo mejor fue la conciencia, pero hasta Fernando lo lloró. Él quería meterlo en un manicomio. A todo el mundo, y principalmente a la mujer, él trataba de hacerle creer que el viejo estaba loco. Ella, tan infeliz, no alcanzaba a ver sus macabras intenciones. Ahí al lado podíamos escuchar sus lamentos. Varias veces tuve que detener a Evaristo para que no se metiera en esos asuntos. Lo sufríamos, pero no íbamos a resolver nada. Para poder irse, para poder llevárselo, tuvieron que obligarlo a subir al carro. Partía el alma... Cuando ustedes vinieron para acá sentimos un gran alivio, descansábamos al fin de las terribles escenas que a diario se repetían. Esta casa la levantó él, con mucho sacrificio... ¿Qué hablaría con César?

Otra cosa no podía decirle, reflexionó mientras pedaleaba, a la mañana siguiente, rumbo al trabajo. A Nidia ni a nadie le tenía que interesar lo que hubiera hablado con el viejo.

–Nada –le repitió en la noche, antes de dormir; de ella dormir, porque él no pudo lograrlo.

La muerte lo desvelaba desde siempre, por lo que había asistido en su vida a pocos velorios. Al de la abuela, al de un amigo que se envenenó para unas vacaciones, en el preuniversitario, y a este.

Para que no lo perturbara la cera deprimente en que se convierten las caras cuando el espíritu se aparta, no se asomó al ataúd. Pero esto no le sirvió de mucho: cuando creía que iba a dormirse, llegaba el viejo.

Un largo pitazo lo sacó de sus pensamientos. Del camión salió la voz: “Apártate, cabrón”. Sin dudas era aquella una carretera peligrosa, y debía estar atento, pero no tenían que insultarlo, porque más cabrones eran ellos, que habían matado al viejo.

Dormir bien era lo menos que merecía un pobre tipo que pedalea cinco kilómetros cada día para ir a su trabajo. Pero para eso debía de no pensar en el viejo. No pienses más en él, se dijo entusiasmado al ver las primeras casas del pueblo.

Al mediodía visitó a su madre. Que de allí no tenía que haberse ido, también él lo creía. Y se quedó callado, secretamente dándole la razón a ella, que lo encontraba seco, ojeroso.

Isabel se movía imperativa en torno suyo. No podía permitir que su hijo se destruyera sin ninguna necesidad. Trasladó una silla y se sentó a su lado:

–En sólo quince días mira como te has puesto. Tienes que volver para acá.

–Desde el sábado no puedo dormir, eso es lo que pasa.

–¿Dos días sin dormir?

–Fui al velorio del viejo... del papá de la mujer que nos vendió la casa. Lo mató un carro.

–Tienes que recostarte unos minutos.

Puesta de pie y tomándolo por el brazo, ella desestimó su justificación de que tenía que regresar al trabajo. Todavía falta, yo te llamo, dijo y lo condujo al cuarto.

Poco antes de que el sueño lo tomara, tuvo cierta paz, una alegría inexplicable, como si cuerpo y espíritu reposaran a la vez sobre un lecho ideado para el mutuo sosiego. Era grato reconocerse otra vez dentro del calor, de la tranquilidad de la casa de su madre.

Recordó que, al acostarse por primera vez en la nueva casa, hacía quince días, se sintió mal. Pensaba entonces en que había dormido en albergues inmundos de movilizaciones agrícolas o militares, en casas de familiares o amigos o bajo la fría y promiscua luna de una acampada estudiantil, pero en cada ocasión era algo

transitorio, temporal. Esa vez lo abrazaba un sentimiento de ruptura, de abandono; una aunque opaca, firme tristeza.

Ahora no sabía bien ni en qué lugar estaba, y el viejo, la cara sucia del viejo, apareció de pronto.

–Ya esta no es su casa –le dijo.

El viejo se le tiró encima con violencia, y tuvo que saltar atrás para evadirlo.

Siguió en la cama hasta que Isabel lo llamó para que volviera al trabajo.

Sin bajarse de la bicicleta, se demoró rastreando en aquella triste huella. No se sabía aún, al parecer jamás se sabría, quién fue el culpable de esa muerte. Podía ser en verdad uno de esos rastros. No tenía que estar borracho para hacerlo, cualquiera con asco de la vida o alguna rabia podía cometer tamaña atrocidad.

No debía seguir buscando lo que no iba a encontrar. Lo más sensato que hacía era ir a bañarse y esperar que fuera completamente de noche para tratar de dormirse de un tirón hasta el otro día. A Nidia le diría que estuvo en la casa de su madre.

–Ella quiere que vayamos otra vez para allá.

Nidia no quitó la vista de la tela que remendaba, como si no hablara con ella.

–Vámonos –le insistió.

Nidia lo miró con amargura. No le respondió. Se encaminó hacia el cuarto. Desde allá dijo que sólo volvería a la ciudad cuando tuviera una casa propia, que vivir agregado y apestar era la misma cosa.

El viejo había llegado sin que César lo notara. Cuando se volvió, de pronto, lo encontró a pocos pasos de distancia.

–Volví para mi casa.

Entonces se lo dijo:

–Ya esta no es su casa, váyase por donde mismo entró.

El viejo miró el patio, los naranjos, y le pidió que lo dejara dormir allí, sólo por esa noche.

No podía darle abrigo porque después, tal vez, no quisiera irse. Del otro lado de la carretera vivía una hermana suya, que fuera a molestarla a ella.

–Yo me quedo en cualquier rincón.

–Ya le dije que no.

Le pagaba, rogó el viejo, le daba todo su dinero, era sólo por esa noche. Con ánimo de joder, porque no iba a dejarlo quedarse de ninguna manera, César le preguntó cuánto dinero tenía.

–Cinco pesos –respondió con urgencia.

–¿Dólares?

–Yo no sé lo que es eso.

–Bueno, váyase. Me está haciendo perder demasiado tiempo.

Caminó con pereza, acaso aguardando una palabra, un acto de conmiseración que en definitiva no se produjo. Al cruzar la portería dijo algo que borró un claxon en la carretera. Se alejó por el callejón, sin mirar atrás.

III

Ni por enfermedad ni por ningún otro motivo había faltado jamás al trabajo o lo había abandonado antes de concluir la jornada, por lo que, a pesar del mareo y del sudor frío, cuando le preguntaron qué tenía, dijo sentirse bien y siguió su labor. Sabía que los de los puestos más cercanos estaban al tanto de cada movimiento suyo.

Después del desmayo, aunque repitió que no era nada ni se dejó conducir ante un médico, no tuvo otra opción que aceptar la palmada en el hombro y el consejo de que no siguiera trabajando.

De modo que al mediodía estuvo de vuelta en su casa. Se tomaría un buche de café antes de llamar a Nidia. Escuchaba su voz al lado, en la casa de Virgen.

Buscándole el sabor al café lo pensó mejor y optó por no llamarla.

Que siguiera por allá, antes de que viniera a averiguar por qué había regresado a esa hora. Y se preguntó a sí mismo por qué lo había hecho. Debía haberse dedicado a visitar a la madre o a sentarse en un lugar tranquilo, en uno de esos parques solitarios, antes que volver a esa casa que se le resistía.

–No me preguntes nada –dijo con brusquedad.

–¿Te busco una pastilla para que duermas?

No quería ninguna pastilla. Con tanto tiempo sin dormir, a la noche caería a la cama como una piedra, era lo que ansiaba.

Pero no sucedió así, ahora estaba aplastando mosquitos en el patio, pensando en dar un recorrido. Aunque las noches no estuvieran tan infectadas de ladrones por esos días, era aconsejable salir de vez en cuando. Si se levantaba en la medianoche o en la madrugada y caminaba por los alrededores, se evitaba disgustos ya que los ladrones siempre andaban al acecho.

Por eso se levantaba cada vez que sentía un ruido y hoy, como además no tenía ni asomo de sueño, decidió apostarse entre los naranjos. Desde donde se ubicó, con buena luna, probablemente hubiera visto la vieja mancha de sangre en el asfalto. Aunque no la divisara, dirigía la vista para allá. Aprovechó una tregua de los carros y salió afuera.

Adivinó el lugar en el asfalto y se agachó. Desplazó las manos,

tanteando. Congregados tenía en sus yemas los cinco sentidos. No veía la última huella del viejo, pero la sabía allí, esperando un toque de luz para desperezarse. De infinidad de aguaceros se precisaría para que desapareciera, pero quizás ni así, quizás siguiera eternamente revelando una culpa, una deuda.

Un carro se acercaba, una rastra veloz que a lo mejor no se detendría ante un simple bulto en la carretera. Iba para Santiago, seguramente. César esperó, inmóvil. Negado a dejarse derrotar por la agresiva luz, trató de distinguir la cara del chofer, de ver su reacción ante el pleno juicio de lo inminente.

Delis Mayuris Gamboa Cobiella. Es miembro de la UNEAC.

Ha publicado los libros: *El agua en el agua* (Cuento, 2002), *El ritual de los perros* (Cuento, 2004), *La rifa* (Relato, 2010) y *Siempre llega el día* (Cuento, 2013) y *Lo que no te mata* (Novela, 2016)

Es miembro fundador del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha publicado en antologías en Italia, Argentina, Perú, México y Cuba.

Ha obtenido diversos premios, entre los que se destacan: Premio “20 de octubre”, 1999; mención revista “Somos Jóvenes”, 2001 y “Celestino”, 2002; Primera mención especial “Ernest Hemingway”, 2004, Mención “Calendario”, 2004; Tercer Premio “Vértice”, 2004; Premio “El mar y la montaña”, 2004; Primer Premio “Vértice”, 2006; Premio Mono-Rosa, 2008; Premio Eliécer Lazo, 2008; Premio “Carlos Casasayas Comas”, 2008; Premio “La enorme hoguera”, 2011; Mención del Internacional de minicuentos “El Dinosaurio”, 2013, Premio Guhamuaya, 2013 y Premio Viña joven, 2019.

Valores en el olvido

Fernando Méndez Germain

No fue idea mía. Fue cosa de mi nieta. Qué más te da, me decía. Sólo es un pequeño cambio, no dejas de ser tú. Es simplemente una estrategia para hacerlo más atractivo. Ya verás cómo al final me lo agradecerás, me decía. No, no fue idea mía. Yo creo que el trabajo hecho con rigor, con la atención debida, con honestidad y dedicación, se vende por sí mismo, y no necesita de zarandajas ni ardidés para venderse. Pero ella tenía también sus argumentos.

–Abuelo, ¿cuándo fue la última vez que sonó el teléfono?
¿Cuándo fue tu último encargo?

Touché, que dirían los gabachos. El polvo se acumulaba en el despacho, en los archivadores, en mi escritorio. Eran años y años sin un cliente. Así que dejé hacer a mi nieta y pasé de ser *Heráclito Ramírez, Detective Privado*; Tarifas módicas, a *HR International, Researching and Investigating Company*.

–Antes, con ese nombre comercial que tenías, todo el mundo pensaría que eres un anciano y que estás desfasado, y que no estás para trabajar. Ahora te montaré una página web y te meteré en todas las redes sociales.

–¡Eso sí que no! ¡Nada de ordenadores ni internetes! ¡Hasta allí podíamos llegar! Y no soy un anciano decrepito, solo tengo setenta y nueve años. A ver si todavía te voy a tener que dar un azote.

Amenaza huera, como bien sabía mi nieta. Ella era la niña de mis ojos y obtenía de mí todo lo que se proponía. Yo sé que para ella esto no era más que un juego, un entretenimiento. Ella seguro que pensaba que con esto yo me distraería un poco, y yo me dejaba hacer, solo por la idea de poder pasar más tiempo juntos. Adoraba estar con mi nieta. Ella era tan vital, tan alegre, tan espontánea. Y tan sorprendente: a veces aparecía como de la nada, con el semblante preocupado y mirándome con los ojos muy abiertos y preguntándome:

–¿Estás bien, abuelo? Soy yo, ¿te acuerdas?

–Pues claro que me acuerdo, ¿qué te crees, que soy un viejo chocho? –y ella me abrazaba y yo me dejaba abrazar; para un abuelo no hay mayor placer que el abrazo de una nieta de veinte años. Pero la verdad es que en esos momentos no recordaba ni dónde estaba ni cómo había llegado allí. Parece ser que mi

memoria a veces fallaba. Aunque yo sentía mi cabeza en plenas facultades.

–Ponme a prueba –le decía a veces.

Y ella me retaba a juegos de lógica, a acertijos enrevesados, a descifrar algún misterio escondido. Y, vaya, yo no fallaba nunca. Le molestaba cuando al principio de una película yo ya le decía: éste es el asesino.

–Jolín, abuelo, que me estropeas la película –pero, en honor a la verdad, lo cierto es que acertaba siempre.

Así que le había dejado que me imprimiera esas nuevas tarjetas de visita y hasta que me cambiara la placa de la entrada del viejo despacho donde nadie llamaba desde hacía tantos años, pero al que yo acudía cada mañana, cuestión de nostalgia, a recoger el correo y a charlar con el portero un rato. Era un simple juego, una diversión inocente. Nadie pretendía el menor resultado de la campaña de cambio de imagen.

Por eso fue tan sorprendente el sonido del timbre del teléfono aquella mañana cuando recogía el correo en el despacho.

–¿Es la agencia HR?

–Er... sí, al habla Herácli... Sí, ¿dígame?

–Necesito verles. Es urgente.

Y así es como conseguí el caso Gallarte, el primer caso que me

llegaba en lustros. El señor Gallarte era un hombre muy formal, de aspecto severo, con un bigote recortado, gafas de montura dorada y un traje gris algo pasado de moda. Se presentó como un pequeño empresario, un ingeniero que llevaba toda su vida luchando para sacar adelante su negocio, una consultora que se afanaba en sacar nuevos inventos para ser utilizados en electrodomésticos. Había heredado el negocio de su padre, en forma de taller, y con el esfuerzo de años había conseguido que evolucionara hasta el presente, prosperando relativamente hasta dar trabajo a quince empleados y vender sus inventos en varios países del extranjero. Un auténtico milagro, vamos. Sin embargo, últimamente las cosas no iban bien. Según contaba Ramiro Gallarte, mi cliente, de un tiempo a esta parte cada vez que estaban a punto de sacar un nuevo desarrollo, la competencia se les adelantaba y perdían la patente y los posibles clientes. Los números empezaban a no cuadrar, las cuentas bancarias tiritaban y la situación comenzaba a ser desesperante, tan desesperante como para contratarme a mí.

–Sospecho que algo raro tiene que estar sucediendo. No sé si hay un topo en la empresa, si me espía la competencia, o si estoy paranoico. Pero debo resolverlo urgentemente o tendré que cerrar la empresa y mandar a toda esta gente a su casa.

–No se preocupe, déjelo en nuestras manos. Ha contratado usted a los mejores. Talento, perseverancia y método. Esos son nuestros

ingredientes. Sé que hoy en día son valores en el olvido, pero ya verá que no le defraudamos.

–Espléndido, espléndido, me quedo más tranquilo. Y, dígame, ¿cómo lo harán? ¿Colocarán micrófonos ocultos, rastrearán el tráfico en las redes, intervendrán los sistemas informáticos de la competencia, monitorizarán con satélite los movimientos de los sospechosos?

–Ejem... bueno, de momento iré a hablar con algunas personas. A la gente le encanta hablar, no pueden callarse sus miserias ni dejar de jactarse de sus triunfos. Hablan y hablan como si a sus interlocutores les interesaran sus historias, cuando en realidad es solo a ellos a quien interesa explicar lo listos que son o lo tontos que son los demás.

De esta manera comencé la investigación del caso Gallarte. Mi nieta estaba como loca de contenta. Estoy muy orgullosa de ti, abuelo, me decía, mientras me llevaba caminando de la mano a casa desde el parque. ¿Y cómo había yo llegado al parque? No recordaba haber ido allí. Bueno, eso ahora no tenía ninguna importancia, tenía que centrarme en mi caso, tenía un misterio que resolver. Me sentía vivo y en plenas facultades.

Durante un par de días hice algunas llamadas, hablé con éste y con aquél, visité a la competencia, tomé café con la señora de la limpieza, rebusqué en las papeleras de la oficina.

No me llevó demasiado trabajo averiguar lo que estaba ocurriendo: el marido de la hermana del señor Gallarte, un inútil que estaba contratado por éste por imperativo familiar, estaba robando y vendiendo las patentes a la competencia. Todo ello lo hacía para cubrir deudas de juego, por las que estaba muy agobiado y perseguido. La mujer del señor Gallarte ayudaba en parte a aliviar esos apuros con unas sesiones de alcoba muy cariñosas en horario laboral. Mientras tanto, la hija del señor Gallarte estaba en malas compañías, tonteaba peligrosamente con las drogas, y sisaba de la cartera paterna cuanto podía. Esto iba de propina, no tenía nada que ver con el caso, pero también lo había averiguado. Todos estos sucesos eran ignorados por mi cliente, un buen hombre, pero demasiado cándido y confiado, además de cornudo. Pero que gracias a mis eficientes servicios conseguiría poner orden en su vida, soltar lastre y seguir adelante. Le llamé para que se presentara al día siguiente en el despacho e informarle allí de todo. Se trataba de un asunto demasiado delicado y confidencial como para preparar un informe por escrito, entendía que debía contárselo todo en persona, de viva voz, en la confianza de dos hombres adultos cara a cara.

Al día siguiente se presenta en mi reluciente despacho un hombre con aspecto atribulado. Gasta un anticuado bigote y dice tener una cita conmigo.

Me da su tarjeta: Don Ramiro Gallarte, Ingeniero.

–Sí, dígame, Don Ramiro ¿en qué puedo ayudarle?

Estoy muy contento, puede ser mi primer caso en años.

Fernando Méndez Germain. Nacido en Madrid en 1967, ciudad donde discurrió su infancia y juventud y donde se licenció en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense. Trabaja actualmente como economista para una destacada empresa de distribución editorial, por lo que su vida está siempre rodeada de libros.

Lector impenitente y escritor de vocación tardía, ha publicado dos novelas: *Jack of all Trades* (bajo el seudónimo de Eugene Germain) y *La vereda entre la manigua*. Ha sido galardonado en varios certámenes literarios: Fernández Lema (Luarca, Asturias) Universidad Popular de Almansa (Almansa, Albacete), Saturnino Calleja (Doña Mencía, Córdoba) La voz del Barrio (Gijón), Asociación de Periodistas Deportivos APDV (Valladolid), Fundación Juan Carlos Vera (Toronto, Canadá), Alberto Ballesteros (Sevilla), Stella Literaria (Badajoz), Orbayu (Asturias)... y reside desde hace más de quince años en Cadavedo (Asturias) una pequeña aldea costera del norte de España donde busca, y a veces encuentra, la inspiración necesaria para sus proyectos literarios.

Polaco

Sebastián Pujol

Gamarra no entiende nada. Vive en la zona intermedia que solo habitan los tontos, los que no se la juegan, los que no leen los momentos ni las situaciones, los que no saben de bandos ni de tiempos. La existencia por la gratuidad del aire. Si tuviera poder de decisión, lo mandaría de vuelta a la seccional de su ciudad natal en Formosa, que sería equivalente a borrarlo del mapa argentino. No es momento para perejiles. Antes que sus palabras, me llega el olor a transpiración.

—¿Qué hacés, Polaco? —me dice cuando nos cruzamos en un pasillo de la comisaría.

Aunque me concentre en lo que estoy por hacer en unas horas, no puedo evitar sentir asco por mi colega. El bigote grueso y sucio, los párpados caídos, la mancha en el uniforme a la altura del ombligo, el botón faltante, los zapatos negros amarronados por la mugre. Querría borrarle la sonrisa bobalicona de esos labios gruesos y negros como morcillas. Eliseo Gamarra no entiende el

momento que le toca vivir y el lugar en el que está parado. Gasta el tiempo hablando sobre el Mundial o haciendo comentarios picantes sobre el culo de la Gallega, la chica que trabaja limpiando el café vecino a la comisaría.

Trato de concentrarme en lo que estoy por hacer. Debo salir con tiempo para esperar a Holzman en el cruce de vías, tierra de nadie, llenarlo de agujeros y dejarlo tirado entre los yuyos. Así es como tiene que ser. Parece mentira que el pibe Holzman pudiera haber pensado que ganaría. No se da cuenta que está en el bando equivocado, del lado de los que nunca ganan. No todos aprenden a elegir los bandos.

Gamarra me hace una pregunta, algo sobre Kempes y Luque que no llego a escuchar.

—¿Qué opinás, Polaco? —me dice. Le suelto una risa en tono cómplice, suponiendo que alcanza para que continúe hablando solo. El formoseño me palmea en un hombro y entra al baño al final del pasillo. Sigue sin entender que no tiene que llamarme Polaco todo el tiempo. No le digo nada. Escucho su respiración agitada y el sonido de las suelas de los zapatos arrastrándose sobre las baldosas. Busco algunas pertenencias y abandono la comisaría. Terminado mi horario de servicio, solo pienso en manejar hacia el sur del Gran Buenos Aires y solucionar un problema, un cabo suelto. Hice los arreglos necesarios para que nadie me moleste. El pibe Holzman es el último de ese grupito de

zurdos de Avellaneda que tantos problemas había causado.

Son las seis de la tarde. Busco las llaves parado frente al auto verde en el que manejaré hasta Sarandí. Mientras sujeto el volante del Ford apagado, la memoria se me escapa. Con la imaginación recorro la casa de la calle Defensa, en el barrio de Montserrat. La atravesaba un patio angosto que compartíamos con otras dos viviendas. Mi viejo era mozo en un restaurante de Avenida de Mayo. Enviudó cuando yo todavía no cumplía los cuatro años y Mirta, mi hermana menor, tenía apenas diez días. Después de la muerte de mamá estábamos solos gran parte del día. Cada noche, cuando escuchábamos que papá cruzaba la puerta adivinábamos la suerte que nos tocaba sin siquiera verlo: dependía del saludo, del tono de la voz. La mayoría de los días eran buenos. Los malos eran pocos, pero dejaban huellas. Mirta venía a mi cama y me abrazaba, hasta que papá, sin siquiera buscar una excusa, se sacaba el cinturón.

Intento traer mi cabeza de vuelta al presente, al auto, al volante, a la llave, a la palanca de cambios. No puedo permitirme distracciones. Esta noche me toca trabajar solo. Ya van dos años y todavía queda uno que sigue rompiendo las bolas. El jefe insiste con que hay que tomar precauciones con estos pendejos. Son como las ratas, dice, cuando parece que están acorraladas es cuando son más peligrosas. Parece mentira, pero algunos no aprenden. No importa a cuantos te hayas llevado, cuanto los hayas

cagues a palos. No paran. No escarmientan. Esta noche pongo punto final.

Por más que intento concentrarme no puedo evitar recordar a mi padre en los días malos, cuando cruzaba la puerta y se sacaba el cinturón. La lección sobre los bandos la aprendí una de esas noches en que llegó borracho. Mirta, que ya era una nena de once años, había querido escabullirse hacia la calle. Era el momento de tomar una decisión. Me adelanté y le cerré el paso hasta que papá la alcanzó.

–No te creas que te vas a salvar –me advirtió mi padre–, después te toca a vos.

Cuando terminó de golpear y abusar de su hija, no le quedaron ganas de hacer lo mismo conmigo. Se le había apagado el fuego que le quemaba en los ojos. Yo había aprendido la importancia de elegir el bando correcto. Mi hermana también aprendió algo sobre sí misma que quizás no sabía.

En aquellos años no era el Polaco. El apodo se le ocurrió al jefe hace dos años. Habíamos estacionado el auto en una esquina cuando dieron el comunicado. Subió el volumen. La voz del locutor se escuchaba algo latosa y entrecortada. Dijo aquello de: “Se comunica a la población que a partir de la fecha el país se encuentra bajo el control operacional...”. Nosotros ya veníamos haciendo algunos laburos, pero a partir de ahí todo se aceleró.

Unos días después, el jefe me empezó a llamar Polaco. Solo cuando salíamos a laburar fuera de horario.

Sé que no es prudente dejarme llevar demasiado profundo dentro de mis recuerdos, pero no puedo sacar mi cabeza de la infancia. Vuelvo a pensar en mi hermana, en la satisfacción y la valentía con que me miró desde el centro del patio una semana después de que le cerrara la única vía de escape a la tortura. Había entrado en el cuarto de papá. Sacó del armario todos los cinturones y los arrojó al techo de la casa. Parecían serpientes muertas sobre las chapas grises. “Papá te va a borrar ese gesto de la cara”, le dije. A pesar del castigo recibido, al día siguiente volvió a tirar los cinturones al techo. Entonces, aprendí otra lección, en este caso sobre la rebeldía: algunos no escarmientan nunca. Tres años después se fue de casa y nunca volvimos a saber nada de ella.

El jefe insiste con el tema de que este pibe es peligroso, de que es como las ratas solitarias y acorraladas. Ya no importa. No importa la rebeldía de Holzman, tan similar a la de mi hermana. En unos minutos voy a terminar con ese problema. Ya van dos años y todavía sigue jodiendo. Meto la llave en el tambor del auto y le doy arranque.

Durante unos días convivió con el zumbido en los oídos. Cuando se acostaba a dormir un pitido potente le taladraba el tímpano y

no lo dejaba dormir. Una parte de la culpa fue suya. Nunca supo que el Polaco pensaba ir a terminar con el problema él sólo. Debería haberlo sabido. Le había advertido que el pendejo todavía era peligroso, que cuando están acorralados son como ratas.

Holzman era bueno y tenía pelotas. Él sólo puso la bomba debajo del auto. Derrumbó una parte del frente de la comisaría. El jefe estaba en su oficina, al fondo, y sin embargo el zumbido en los oídos no lo dejó dormir durante varios días. Explotó ni bien puso el auto en marcha. El pendejo era bueno en lo que hacía. En eso pensaba cuando lo vieron aparecer, cerca de las diez de la noche. En el ambiente había más humedad que aire y la calle era un desierto pegajoso. Caminaba hundido en un piloto marrón. Cruzaba las vías del ramal Roca, a dos cuadras de la estación Sarandí, cuando los vio apoyados en un poste de luz. No esperó. Corrió saltando sobre los durmientes. El jefe gatilló rápido. Holzman cayó sobre el pasto crecido. Lo dio vuelta con la punta del zapato. Una llovizna fina le caía en la cara. Sin llegar a decir nada, recibió tres disparos en el pecho desde el arma de Gamarra. Lo frenó apoyándole una mano en el pecho. El formoseño, que respiraba agitado, quería seguir disparando. El jefe pensó que quizás las detonaciones harían que el zumbido volviera.

No tenía sentido que lo dejaran vivo. No había más información que sacarle. Lo que podían saber, ya lo sabían. El pibe Holzman se manejaba sólo. Sus compañeros estaban muertos. Todos. No

sobrevivió ninguno. A la chica que lo guardaba en su departamento la habían levantado en la calle unos días después de que pasó lo del Polaco. Holzman ya no vivía con ella. Se aseguraron de hacerla cantar todo lo que sabía y más.

No podían creer que se hubiera quedado, que no se escapara, que siguiera viviendo en Avellaneda. Ya no había revolución posible para Holzman. Sin embargo, insistía. Él sólo había disparado tres meses antes contra un patrullero en Lanús. Sólo hizo volar por los aires al Polaco en la puerta de la comisaría. Esa noche Holzman ganó algo de tiempo, pero no se fue. Se quedó en Avellaneda.

El jefe le había advertido al Polaco. No le dio pelota. “El pendejo tiene que estar asustado, jefe”, le decía. No tiene explicación. La única que se le ocurre es que algunos, simplemente, no aprenden nunca.

Sebastián Pujol nació en Florida en 1983. Periodista, egresado en 2010. Publicó en 2016 la novela *Ahora tiro yo*. Lleva adelante la cuenta de Instagram @literaturalatina, en la que comparte y difunde la lectura de autores latinoamericanos. Algunas de sus notas sobre literatura pueden leerse en el blog “Alcanfor”.

